
REVISTA DE CRÍTICA LITERARIA LATINOAMERICANA
Año XXI, Nº 41. Lima-Berkeley, 1er semestre de 1995; pp. 257-283.

RESEÑAS

Relecturas del Barroco de Indias.
Edición de Mabel Moraña. Hano-
ver, NH: Ediciones del Norte, 1994.

Son ya varias las publicaciones que en los últimos años han intentado delimitar el alcance de la literatura colonial en nuestro continente y, en particular, el movimiento literario del siglo XVII en Hispanoamérica denominado como *Barroco de Indias* (término acuñado por Mariano Picón Salas). Tres de ellas son: el número especial de 1992 de la *Revista de Estudios Hispánicos* de la Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras (editado por Mercedes López-Baralt); el volumen *Crítica y descolonización: El sujeto colonial en la cultura latinoamericana* (1992) editado por Beatriz González-Stephan y Lúcia Helena Costigan para la Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia de Caracas, Venezuela; y el número 28 de la *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* (1988). El libro que aquí se reseña tiene a su haber el completar el *corpus* mencionado centrándose única y exclusivamente en nuestro Barroco para releerlo.

La editora, Mabel Moraña, es autora del ya clásico estudio "Barroco y conciencia criolla en Hispanoamérica" (*Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 28 (1988): 229-251) donde apunta que es "en el contexto de la cultura barroca que aparecen las primeras evidencias de una conciencia social diferenciada en el seno de la sociedad criolla" (231). Esta óptica es la que permea todo *Relecturas del Barroco de Indias*

como una colección de trabajos que desde estudios sobre las obras de Juan de Espinosa Medrano, Bernardo de Balbuena, Hernando Domínguez Camargo y Carlos de Sigüenza y Góngora, Juan Ruiz de Alarcón hasta llegar a Sor Juana Inés de la Cruz; reúne a varios investigadores que consideran la condición del criollo en las sociedades virreinales del XVII.

El Barroco de Indias como movimiento literario es estudiado por Alfredo Roggiano, Mabel Moraña, Georgina Sabat-Rivers y Lúcia Helena Costigan. Roggiano arguye que en América "se trataba de una cuestión de vida o muerte, de ser o no ser" (3). Añadiendo a esta argumentación ontológica su artículo sigue muy de cerca la línea de Lezama Lima del Barroco como contracquista o de "poesía de la disidencia y de la libertad del individuo frente a la hostilidad de la cultura del poder" (7).

Moraña señala las apologías y las defensas como discursos de la marginalidad en el Barroco hispanoamericano partiendo de los postulados de Margaret W. Ferguson que ve estos géneros como los de "aquellos a los que falta poder" (36). Elaborando sus señalamientos citados más arriba sobre la emergencia de una conciencia criolla en el XVII, Moraña afirma la relevancia del elogio y la defensa "en el contexto de las restricciones impuestas por la ideología absolutista y contrarreformista" (37). Concluye que panegírico y defensa son "instrumentos de pluralización, autoafirmación y apertura hacia una problemática colectiva" (48).

Sabat-Rivers intenta caracterizar en diez puntos claves la distinción entre Barroco de Indias y Barroco peninsular luego de haber propuesto una aguda lectura de los discursos poéticos de Balbuena y Domínguez Camargo. En ambos escritores se analizan la primicia de una conciencia criolla.

Costigan completa el cuadro de estudios que en este volumen se dedican a delimitar los alcances del Barroco como movimiento criollista en América incorporando la literatura brasileña, en particular la figura del satírico Gregório de Matos.

Raquel Chang-Rodríguez y José A. Rodríguez-Garrido se centran en los escritos del Lunarejo. Chang-Rodríguez considera el drama *Amar su propia muerte* en su dimensión de subversión del movimiento barroco desde los episodios que recrean el mundo virreinal para un público que se siente identificado más allá de la obvia resonancia bíblica de la obra (del libro de Jueces 4:1-24). Para Chang-Rodríguez, Espinosa Medrano “pone en evidencia los defectos del orden social imperante” (131). Rodríguez-Garrido, por otro lado, estudia el “Sermón de Santa Rosa” como defensa de los americanos por medio de la universalización de lo autóctono a través de la figura de la santa limeña. En este sermón el Lunarejo toma postura “frente a la visión de América y su condición de colonia” (157).

Kathleen Ross y Sam Cogdell releen posturas de Carlos de Sigüenza y Góngora. Ross aboga por una revaloración del autor de *Primavera indiana* como “una figura emblemática, definitoria de una época” (229) en su dimensión criolla e intenta la difícil tarea de dilucidar la cultura del Barroco, en particular el hispanoamericano, haciendo una puesta al día de algunos críticos pertinentes: Leonard, Picón Salas, Lezama Lima, Paz y Maravall. Cogdell, por su parte, analiza la retórica y la ideología criollas en *Alboroto y motín de los indios de México del 8 de junio de 1692* de Sigüenza y Góngora a la luz de las fuentes documentales que permiten esclarecer la posición del criollo en la sociedad novohispana. De este modo pro-

pone una lectura de esta carta-relación en su contorno social. Se vincula aquí al criollo con las castas dominantes y su papel dentro del entramado del *nosotros* de la clase “dirigente y aristocrática” (259).

Alberto Sandoval-Sánchez nos plantea una lectura “ex-céntrica” de Juan Ruiz de Alarcón rescatando este autor para el canon de la literatura hispanoamericana. Se alude a los silencios o a lo no-dicho en el discurso alarconiano como una identidad doble donde el sujeto colonial “incluye su otredad” y enuncia una “voz doble” concebida como *réplica* (292).

Juan Pascual Buxó apela a la corriente ignaciana de la lírica barroca colonial. Para Buxó, el caso del poeta santafereño Francisco Alvarez de Velasco Zorrilla evidencia cómo los conceptos de la fe y la piedad unidos a las “formas expresivas presentes en los ejercicios ignacianos” marcan su influencia en el discurso poético del Barroco de América (173).

Julie Greer Johnson arroja nueva luz sobre la figura de Sor Juana a partir de su discurso satírico disperso en su prosa, poesía y drama que “se centra en la desigualdad entre los sexos y en la subsiguiente falta de armonía que se crea” (97).

John Beverley aboga por una consideración del Barroco hispanoamericano desde y hacia el Barroco peninsular no como movimientos excluyentes sino como parte de un *continuum* o de una lectura que incluya ambas tendencias.

Mario Cesáreo sigue de cerca los postulados de Maravall sobre el Barroco como “concepto de época marcada por una generalizada crisis económica, política y social” (205). Cesáreo analiza los trabajos de Alonso de Sandoval (“jesuita llegado a América en 1577 y rector del colegio de la Compañía de Jesús en Cartagena de Indias” [196]) sobre la esclavitud y devela un texto fascinante donde el europeo busca fallidamente “fundar un orden alegórico americano” (196).

Por su excelente calidad crítica, la diversidad de sus trabajos y por constituir un verdadero aporte al campo de los estudios de las letras coloniales,

este libro es decididamente de lectura obligada para estudiosos de la literatura hispanoamericana en general.

Daniel Torres
Ohio University

Esteban, Angel. *La modernidad literaria de Bécquer a Martí*. Granada: Imprimir, 1992.

El autor de este trabajo parte de la premisa de que la modernidad literaria no surge en España a partir del modelo hispanoamericano, a pesar de la notable influencia de Rubén Darío sobre los escritores españoles, sino que se gesta ya en la obra de Gustavo Adolfo Bécquer. Analiza las notables coincidencias temáticas, formales y teóricas que se dan entre el poeta sevillano y José Martí, que sugieren en su opinión una decisiva influencia del primero sobre el segundo y concluye que ambos cumplieron un papel similar como introductores de la modernidad literaria en el mundo hispano.

Los dos primeros capítulos de esta obra tienen un carácter introductorio. En el primero, Esteban traza la evolución del Romanticismo al Modernismo en España e Hispanoamérica. En el caso español defiende el carácter genuino del Romanticismo, frente a cierta crítica que lo tacha de meramente imitativo y coincide con Sebold en que el período romántico excede la década de los treinta al que han querido limitarlo en muchas ocasiones. El Romanticismo latinoamericano, por su parte, tiene claras connotaciones nacionalistas y se interesa más por la idea que por la forma. La verdadera renovación lingüística no se produce en Hispanoamérica hasta la llegada del modernismo. Esta evolución coincide con la que se da en la actitud de los escritores frente a España. Tras un primer momento de rechazo, la consolidación de los procesos independentistas posibilita un nuevo interés por la cultura europea, que coincide con la transición literaria hacia el modernismo. A finales de la década de 1870, ya se puede hablar de premoder-

nismo en Hispanoamérica y es en esa época precisamente cuando la obra de Bécquer se difunde con mayor amplitud.

En el segundo capítulo, tras una justificación teórica de la validez de los estudios literarios comparativos, Esteban describe la formación e influencias de ambos poetas. Sostiene la originalidad de Bécquer e insiste en el enorme impacto que causó su poesía en Hispanoamérica. Destaca, por otra parte, la "españolidad" de Martí, que no se contradice con su afán independentista. A pesar de que Martí sólo reconoce la influencia de Bécquer en los poemas anteriores *Ismaelillo*, Esteban afirma que ésta se extiende a todo el resto de su poesía. Ambos escritores son a la vez románticos y modernos, abandonan los procedimientos del primer romanticismo y consiguen renovar el lenguaje poético.

Los capítulos 3 y 4 se centran en un análisis detallado de las coincidencias y diferencias que se dan en ambos poetas, apoyado en una amplísima selección de citas de su obra en prosa y verso. En el tercero examina su posición teórica, su concepción del proceso creativo, la esencialidad del sentimiento y de la figura femenina en su obra, los aspectos supraracionales y su simbolización en astros y animales, la insistencia en la insuficiencia del lenguaje y, como resultado de todos estos elementos, la creación de una paradójica poética de la claridad y de la vaguedad. Ambos poetas destacan la preexistencia de la poesía, pero potencian al mismo tiempo la individualidad del poeta y el interior del autor como tema —reflejado en el abundante uso del yo anafórico en Bécquer y enfático en Martí. Ambos distinguen una poesía preciosista y otra que brota del sentimiento, que privilegian. Sin embargo, separan el instante del sentimiento del momento posterior en que se escribe, controlando la emoción. Ese rasgo los diferencia ya plenamente de la impetuosa e inspiración románticas, que ahora se complementan con la razón. Ambos insisten en la gran acumulación de ideas en la mente del poeta, que hace que algunas se les escapen antes